



La Plaza de las Cuatro Calles

Supongamos un lector que nace en la vida habitual de Camilo Pérez de Arce y de pronto empieza a leer su novela "La plaza de las cuatro calles". Es un lector aficionado a la literatura chilena. Sabe desde un principio, cuando una obra no lo aburre y merece ser leída. A menudo tiene que cerrar ciertas novelas escabridas porque no le interesan las repeticiones y quiere que los personajes hagan algo más que leerle en su propia lengua. Aquí, ante Camilo Pérez de Arce, el apocópsico lector siente desde los primeros líneas que se encuentra, junto a un buen novelista, dueño de su oficio, capaz de hacer con interés lo que se propone. Se halla, el lector, en plena acción desde que abre el libro. "Tenía la mano seca, fría y ardiente, como un pedazo de encera recién echada, áspero e inflexible. Se la pasó por los ojos, resacando con durezza, sin compasión, una y otra vez. Por entre sus duros apertados dejó escapar, como una queja, un suspiro comprimido de fatiga."

De su otra mano, crispada, colgaba con lastimada el fusil, cuya culata se hundía en el polvo blanquecino y sucio de la plaza.

Los demás estaban todos quietos. Las sentías pero no podías mirarlos. Rara marcha. Los más permanecían quietos, inmóviles, introvertidos, y pensando quizá qué pensamientos. El silencio parecía ser la consigna. Un silencio que sólo se interrumpía de tarde en tarde y brevemente con el ruido seco de un disparo seguido de algunas exclamaciones duras, crudas y despreciosas de alegría, o de una palabra rasposa.

El cuadro inicial es inmediato, nada se opone entre él y el lector, es claro, no parece haber un novelista afanado en descubrir la escena. Esta se hace presente, está caliente de colores, las transportamos de su vida de lector a la vida de la novela. Y como la obra va adquiriendo su ritmo natural, su tono propio, no cabe duda de que se está leyendo a un escritor que entiende muy bien cómo construir su mundo novelado, para que junto a él todo lo demás sea olvidado.

Ahora bien; todo lo que estamos suponiendo es improbable. Desde luego, no existe ese lector aficionado a la literatura chilena que no haya oído jamás el nombre de Camilo Pérez de Arce; en segunda, si tan extraño caso se vuelve posible, así, lo cierto es que se trataría de un lector que no lee las solapas

de los libros. Y esto indica un lector sin curiosidad, cosa de mal lector. Y en esta novela las solapas se encargan de ser informativas, o sea, de cumplir su verdadera misión. En pocas líneas se da a conocer en ellas lo que el escritor ha hecho anteriormente.

Tuvo primero un pseudónimo: James Enbard. Con el adentrio nombrada continental, escribiendo obras policíacas: "Rotación y veneno", "Cuarteto para instrumentos de muerte", "Crimen entre psicólogos", "Los minutos asesinos" y "Enigma de la elefantomía". Estas obras han sido una agorria de best-sellers para combinar situaciones como lo exige el género policiaco, para darle al estilo una fluidéz continua, para no perder el control alguno, para obligar al lector a mantener vivo su entusiasmo, preguntándose de capítulo en capítulo lo que sucederá en seguida. En resumen, los libros de James Enbard —meritosos por sí mismos— preparaban condiciones necesarias para el éxito de las novelas de Pérez de Arce.

Pero a esta producción se agregan obras lentas: "El Cid", "Hajo el signo de la muerte", "Raza de bronce", "Comedia para asesinos", "Visitantes de la muerte", piezas que no sólo se han presentado con muy buen éxito en Santiago sino en España. Con ellas, el escritor agilizaba la creación de diálogos, da a su lenguaje naturalidad.

Viene en seguida una muy buena novela: "Este poderoso reloj". Aquí tenemos al escritor en plena posesión de su oficio, dueño de una imaginación rica, que construye pormenores interesantes y significativos para una mejor comprensión de la psicología de los personajes y para darle a la acción gracia y firmeza. "Este poderoso reloj" es de esos libros que se recuerdan largo tiempo después de leídos y procuran al nombre de su autor una solvencia novelística de incuestionable calidad.

Si al lector que al comenzar supondamos, para ver luego que no era probable su existencia, está enterado de todo lo que en pocas líneas hemos venido resumiendo, no tiene por qué asombrarse de que "La plaza de las cuatro calles" sea una espléndida novela.

Con todo, hay algo, no obvio, que puede asombrar: el que interesa tan hondamente un libro cuya acción conoce todo lector desde hace mucho tiempo, desde que era un niño, desde que empezó a imponer-

se de nuestra historia nacional. Porque es el caso que "la plaza de las cuatro calles" no es sino la plaza de Barrogué, en los dramáticos días en que O' Higgins está en ella alzado con sus tropas, decidida a resistir una presión tremenda de fuerzas muy superiores numéricamente, y en disciplina militar, en experiencia.

Lo que ocurre es curioso; todos los lectores saben cómo se desarrolló y qué trase en toda la batalla de Barrogué, pero ninguno —leyendo "La plaza de las cuatro calles"— parece haberlo sabido nunca. Es que aquí tenemos el combate no en simple acción, en relato que se da a los acontecimientos de todo el mundo, sino con una inmediatez tal, con un poderoso relieve, que el lector asiste a las acciones bélicas, está junto a cada personaje, es solidario de cada palabra y cada pensamiento de los que pelean sin mayor esperanza que la de conseguir una muerte violenta.

A la novela de la batalla, que es importante y crucial, otra no menos importante y cardinal se desenvuelve junto a ella paralela y simultáneamente. Es una novela de amor cruel, verdemente, que muestra perfiles trágicos en determinados momentos. El protagonista es un patriota que lucha con el mismo heroísmo que todos sus compañeros; pero lleva dentro de sí una obsesión, una mujer que lo acompaña en todo instante, que aparece de pronto en lo íntimo y parece hablarle todo con su presencia.

Estas dos acciones se entrelazan fuertemente, son una sola, se adhieren del lector y le tienen en permanente suspenso. No es fácil conseguir este efecto tan abriendo si no se es un novelista cabal como el autor de "La plaza de las cuatro calles".

Hernán del Solay

La plaza de las cuatro calles [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1965

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La plaza de las cuatro calles [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile